

republicanas pertenecía antes por completo a la asamblea popular¹.

Para combatir con éxito esta omnipotencia del Senado romano, hubiera sido preciso que los oprimidos, los ofendidos y los humillados de toda clase y de todo origen se hubiesen unido en sus reivindicaciones, pero, al contrario, permanecían enemigos los unos de los otros. Ni aun supieron sostener eficazmente a los Gracos, que, conmovidos por la miseria del pueblo, los progresos de la esclavitud y la ruina de los campos, hicieron traición a los intereses inmediatos de su propia clase y se empeñaron en combatir los males por una serie de leyes limitando la gran propiedad, instituyendo colonias agrícolas y concediendo más derechos a los Latinos y a los Italianos. El odio de los patricios y la ignorancia de aquellos cuya defensa tomaban, hicieron desaparecer pronto esos reformadores. Después de ellos los conflictos no hicieron más que envenenarse, pero tomaron la forma de una lucha entre dos dictadores. Mario y Syla, César y Pompeyo, Octavio y Antonio, uno de los cuales pretendía anonadar las reivindicaciones plebeyas. Los pueblos aliados que combatían las batallas de Roma, que le ayudaban en sus expediciones contra Iberia y Cartago, contra los Galos y los Macedonios, reclamaban el derecho de ciudad que se había concedido a los Latinos, pero este derecho no pudieron obtenerle sucesivamente sino después de largas guerras intestinas, de que Merimée nos ha trazado un cuadro espantoso², y aun la fundación en el centro de la península de una nueva Roma, designada bajo el nombre de Itálica, después Corfinium, como para simbolizar el derecho igual de todos los Italianos a la dominación del mundo.

En cuanto a los proletarios de Roma, continuaban agitándose, no para tener parte igual que los patricios—su ambición no era tan alta,—sino para aumentar su porción de botín sobre los pueblos conquistados. Las guerras civiles, causadas entre las clases por los apetitos y las ambiciones en lucha, fueron tan sangrientas como las guerras exteriores: las proscripciones sucedieron a las proscripciones, las matanzas a las matanzas; pero donde desapareció todo sentimiento de piedad, donde la bestia humana se mostró en toda su

¹ Fustel de Coulanges, *La Cité Antique*, p. 452.

² Prosper Merimée, *La Guerre Sociale*, ps. 140 y 163.

ferocidad, fué en las guerras serviles. En tales conflictos no se podía tener por ambas partes más objetivo que el asesinato. Objetos de

N.º 194. Campania



1 : 1 000 000

0 25 50 Kil.

Herculano, ciudad contemporánea de Troya, según dice la leyenda, estancia veraniega de patricios, de coleccionadores y de artistas, fué sacudida por un temblor de tierra en el año 63 de la era vulgar, y dieciséis años después, cuando la erupción inesperada del Vesubio, fué cubierta por una corriente de barro que se solidificó en un cemento muy duro. Pompeya era ante todo una ciudad de comercio y de placer, las deyecciones volcánicas que le enterraron fueron mucho menos espesas y más blandas que las de Herculano, de modo que los fugitivos pudieron, después de la catástrofe, recobrar algunos de sus objetos más preciosos.

Véanse los grabados páginas 451, 453, 463, 465, 469 y 470.

horror y de espanto para todos los hombres, los esclavos no podían sino devolver odio por odio, matar, y después morir a su vez. Según la definición misma de la esclavitud, ningún esclavo tenía derecho a

la justicia; fuera inocente o culpable, el hecho importaba poco a su amo, éste tenía el derecho de suprimirle. Según una antigua ley romana, que no siempre fué ejecutada porque a ello se oponía el interés del propietario, todos los esclavos que, en el momento de ser asesinado un patrón, habían habitado bajo el mismo techo que el asesino, debían morir. Durante el reinado de Nerón tuvo lugar uno de esos abominables sacrificios, con el riesgo de un gran levantamiento popular, sobre toda una «familia» de 400 servidores, por decisión expresa del Senado; un alto funcionario fué asesinado por uno de sus esclavos, al que había negado su emancipación después de estipulación formal del precio, y los manes de ese personaje, poco honorable pero patricio, debieron ser satisfechos por la sangre de todo el que había vivido bajo el mismo techo.

Los horrores de la esclavitud a domicilio traían consigo, por la solidaridad del crimen, los horrores de la trata en todo el mundo romano y más allá de sus fronteras. Era necesario proveer de domésticos y de trabajadores los palacios y las quintas de los patricios, y de todas partes se procuraba suministrar esa caza. Gobernar bien era despoblar el imperio para aumentar el cortejo de los poderosos, y la guerra no bastaba siempre para llenar las ergástulas; se necesitaba también la intervención del comercio «legítimo». Había categorías de mercaderes que se habían dedicado a la especialidad de la trata, sobre todo en los países de Oriente, donde se entremezclaban poblaciones de orígenes bien diversos. Los Cilicianos eran especialmente grandes piratas, bandidos y mercaderes de esclavos. Provestos de cautivos por las guerras de Siria, se desembarazaban rápidamente de su mercancía humana, merced a la proximidad del mercado de Delos, que en un día podía recibir y despachar muchos miles de esclavos, de donde se originó este proverbio tan frecuentemente citado: «¡Vamos, pronto, mercader, aborda y descarga, que todo está vendido!» Roma devoraba incesantemente esas presas¹.

Sin embargo, en ese grupo abyecto de la servidumbre, se formaba también una cierta aristocracia entre los esclavos, porque había entre ellos quienes se hacían indispensables a sus amos. Tales eran

¹ Strabon, *Géographie*, lib. XIV, § 2.



CALLE DE LA ABUNDANCIA EN POMPEYA Cl. Brogi.

los Griegos, que se dedicaban al cuidado y a la instrucción de los niños, a la teneduría de libros, a la redacción de cartas y a la gerencia de las rentas y de las propiedades. Se tenía demasiada necesidad de ellos para no sujetarlos por otros lazos que el de la propiedad legal, y la mayor parte de ellos, desde la primera o segunda generación, entraban en la clase de los emancipados, que por su situación indecisa entre patricios y plebeyos, constituían un nuevo elemento de desmoralización. Así fué como, aunque conquistada Grecia, Roma se halló conquistada a su vez, y no solamente por mediación de los hombres libres, filósofos, escritores y escultores, todos gente de alta cultura, sino también por la colaboración de los esclavos. ¿No se vió a Catón el Censor, el rudo enemigo de los Helenos y del helenismo, obligado por la fuerza de la opinión, por el decoro, estudiar la lengua griega a la edad de ochenta años?

La obra de los «Gréculos», así designados despreciativamente por los viejos conservadores romanos, fué una obra doble. Mientras suavizaban las costumbres de los bárbaros nacidos de la Loba,

les enseñaban la bella lengua de Homero, las artes y la filosofía de Atenas, no podían aportarles las altas virtudes de los que



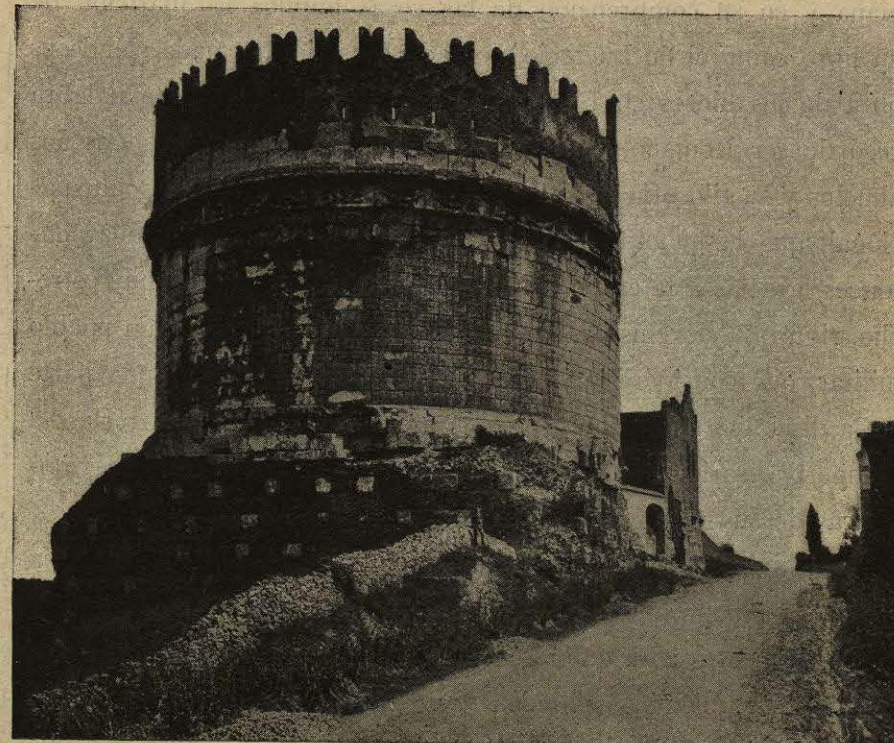
Cl. Brogi.

CADÁVER DE HOMBRE ENCONTRADO
EN POMPEYA

Doscientos a trescientos cuerpos y esqueletos fueron encontrados en Pompeya, una decena solamente en Herculano.

habían engrandecido a Grecia: esclavizados ellos mismos, acostumbrados a adular a los vencedores, sometidos a humillantes bajezas, practicaban en su mayor parte los vicios de la servidumbre al mismo tiempo que recitaban las dignas palabras dichas por sus abuelos. Sin embargo, no faltaron Griegos que desdeñaron relacionarse con los conquistadores de su patria: hubo quienes, orgullosos de su origen, de su lengua y de su civilización, se negaban a aprender el latín, hasta cuando el destino les obligaba a residir en Roma: no admitían que un hijo de Helena pudiera rebajarse a conocer otra literatura que la de sus gloriosos antepasados. A los ojos de los vencidos, los conquistadores no dejaban de ser bárbaros, y cuando surgieron escritores entre esos Latinos despreciados, hubo griego de Roma que afectaba no conocer siquiera sus nombres¹. Se llegó al caso, respecto de escritores latinos de nacimiento, tales como Marco Aurelio, de escoger la lengua griega como medio de conocer sus pensamientos escritos.

¹ André Lefèvre, *L'Histoire*, p. 165.



Cl. Alinari.

ROMA—TUMBA DE CECILIA METELA EN LA VÍA APIA

El despertar de la literatura latina, que existía en potencia en el fondo nacional, se debió ciertamente al genio evocador de Grecia. El primer escritor en fecha del período greco-latino, Andrónico, que vivía hace veintiún siglos y medio, fué un esclavo tarentino todavía designado por el nombre Livio, de su amo, Livio Salinator. No solamente aprendieron los jóvenes patricios el griego en casa de este emancipado, sino que estudiaron también el latín en su traducción de la *Odisea* y en sus cantos sagrados. Nævio, el soldado que cantó la primera guerra púnica, y Plauto, el viajante umbrio, compusieron también sus poemas y sus comedias según modelos griegos. Ennio, el centurión que refirió la epopeya de Roma desde Eneas hasta las guerras de Macedonia, era un Mesapio de la Gran Grecia, como Livio Andrónico, y ¿no escribió Lucrecio la *Naturaleza de las cosas* dictada por Epicuro? El filósofo griego y el gran poeta romano se nos presentan bajo una misma gran figura cuyo recuerdo no perecerá sino con el pensamiento humano.

¡Pero qué cambios tan considerables en el fondo del alma ro-

mana y en su comprensión de las cosas implica la aparición de un libro como el de Lucrecio! «Nada ha salido de nada. Nada es obra de los dioses»¹. El poeta que pronunció esa fuerte palabra cesó de ser Romano, puesto que se separó de la religión de los abuelos y su filosofía se aplica a la humanidad entera. El culto nacional, que la generación inteligente comenzaba a abandonar entonces, gracias a la enseñanza de los Griegos, había sido muy estrecho, riguroso y exclusivo. No podía ser de otro modo en un pueblo militar, que consideraba las ceremonias religiosas como una parte de la disciplina que había de asegurar la victoria, y que carecía del tiempo necesario para buscar las causas lejanas y las razones filosóficas de sus ritos y costumbres.

La religión romana era de una admirable pobreza, sin poesía que la acompañara, sin leyenda que la embelleciera. Dioses y diosas no eran otra cosa que los nombres de hechos reconocidos en la naturaleza ambiente, aspiraciones, esperanzas, pasiones y virtudes. No había acto de la vida que no tuviera su divinidad tutelar a que dirigir una ofrenda o un homenaje: la enumeración de todos esos genios que respondían a los objetos exteriores y a las acciones del hombre, atestigua la más extraña puerilidad en su «fetichismo verbal»². Asimismo, los movimientos, los gestos y las palabras estaban reguladas para todos, magistrados o capitanes, que habían de entablar un negocio o dirigir una expedición, y comenzar la obra ante todo por la inspección de entrañas palpitantes o el examen de aves sagradas. Para esos militares que marchaban «al dedo y al ojo» sin pretender la explicación de la orden dada, los «signos» no eran menos sagrados que las palabras de paso. Las instituciones romanas tuvieron la solidez de las pirámides, como ellas tuvieron también las aristas claras y angulosas³. La Roma primitiva era cuadrada: el campo romano era también un cuadrado de dimensiones definidas; todos los detalles de la vida oficial, religiosa y política, lo mismo que militar, tomaban, por decirlo así, esa forma «cuadrada».

¡Y el derecho, ese derecho tan breve y tan imperiosamente for-

¹ Lucrecio, *De Natura Rerum*, lib. I, vers. 144.

² André Lefèvre, *L'Histoire*, p. 184.

³ Emile Belot, *Histoire des Chevaliers romains*, I, 75.



Cl. Alinari.

BENEVENTO—ARCO DE TRAJANO

mulado, cuyas palabras resuenan todavía en los pretorios, no menos sagradas para los magistrados que lo son para los sacerdotes las palabras de la Biblia! Tan bien caracteriza el genio de Roma, que muchos juristas, fascinados todavía, después de 2000 años, por el eco de los juicios breves, decisivos, indestructibles que resuenan en el foro y que reproducen como para la eternidad inscripciones lapida-